



Eucaristía de la Fiesta de la Santa Faz

Santuario de la Santa Faz, 15 de abril de 2021

En el año 1663, el obispo Acacio March de Velasco en el marco del Tercer Sínodo de Orihuela trasladó la celebración de la Santa Faz al segundo jueves de Pascua, día en el que actualmente la celebramos. Ya por entonces la devoción popular había prendido poderosamente, inscribiéndose en esa historia de amor mutuo entre la sagrada reliquia de la Santa Faz y la ciudad de Alicante; una historia iniciada aquel 17 de marzo de 1489, en aquella rogativa, con motivo de una pertinaz sequía, en la que acaeció el Milagro de la Lágrima.

Alguien que simplemente se sitúe ante los datos de esta historia, acaecidos hace tantos años, puede pensar que estamos hablando de algo del pasado, anclado en un tiempo que fue; sin embargo, haber podido vivir “la Peregrina” en estos años, en pleno siglo XXI, así como la experiencia de lo acaecido en la entraña de la celebración del pasado año y también de éste, como ha sido el deseo y la expectativa de la bendición con la Reliquia sobre la ciudad de Alicante, indica que algo muy profundo sigue existiendo entre nuestra ciudad y la Santa Faz.

Nosotros este jueves, plenamente inmersos en el tiempo pascual, somos personas privilegiadas por poder volver a venerar, hoy mismo o todos estos días pascuales, la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo; haciendo presentes a tantísimos antepasados que hasta aquí peregrinaron a lo largo de los siglos, y haciendo presentes a tantos coetáneos nuestros por quienes vamos a rezar, especialmente en tiempos de tantas necesidades como son los nuestros, y a quienes prestamos nuestra presencia y oración para tratar de ser portadores de sus súplicas ante la Santa Faz.

Y en este encuentro con el Señor, que es la Eucaristía que celebramos, su Palabra nos ha salido al paso, especialmente con este singular texto del Evangelio de San Juan (Jn 3, 5ª. 13-21.31-36), que ilumina el Santo Rostro que veneramos.

En sus palabras Jesús, expresa la motivación profunda de su ser y de su hacer, de su Pasión y Cruz, y de su permanencia resucitado en medio de nosotros, el amor; dice, “Dios ha amado tanto al mundo que ha entregado a su Hijo único...Dios no ha mandado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que mundo se salve por Él”. Esto es la explicación de su imagen, vista desde Él mismo: misterio de amor, misterio de salvación. A esto, que es el corazón de nuestra fe, debemos volver continuamente para saber con claridad lo que celebramos. También, para suplicar con fundada y renovada confianza su misericordia, tantas veces hecha ruego ante la Santa Faz. Nuestra súplica de misericordia se hace ante Aquel que comparecido de nosotros

vino a nuestra historia, murió por amor para salvarnos y sigue en medio de nosotros para concedernos, precisamente, la misericordia que le suplicamos.

En esta época, en las presentes circunstancias de más de un año de durísima prueba por la pandemia y de lo que se intuye que está por venir, ciertas erudiciones y disquisiciones pasan a un segundo plano a favor de la pregunta más existencial del ser humano. Como afirmó en la última etapa de su vida el teólogo crítico más famoso, fallecido hace pocos días, Hans Küng: “no tengo pruebas, pero tengo buenas razones por las que estoy convencido de que mi vida no va a ninguna parte, al igual que el cosmos no lo hace. Estoy muriendo en una primera y última realidad que llamamos Dios”.

Que significativo es que, al final, en el límite, -como de algún modo se experimenta en este tiempo-, en Dios busquemos y encontremos sentido, cobijo. Que importante es que en esta búsqueda Él salga a nuestro encuentro y nos ofrezca acogernos a su amor, hecho en su Hijo bondad y misericordia. La Santa Faz es, en medio de nosotros, precisamente esto: la misericordia de Dios, su bondad, que sale a nuestro encuentro; ofreciéndonos su perdón, su amor, su cobijo. Busquémosle y encontrémosle aquí en su Santuario, en el Monasterio en el que nuestras hermanas Agustinas, que han sufrido en carne propia el contagio, rezan incesantemente por el dolor, necesidades y sufrimientos de todos los hijos de Alicante, e interceden para que encontremos en Dios, en el rostro de su Hijo, las luces que ansiamos en la noche de nuestro tiempo.

Y no olvidemos, ante el rostro de la bondad que nos muestra su Santa Faz, singularizada por la lágrima de compasión derramada por nosotros, que su devoción ha nacido y crecido junto a la veneración de la reliquia vinculada al gesto de la Verónica.

Esto nos debería ayudar a tener bien presente, en el mensaje que nos trae a través de los siglos la Santa Faz, que el Señor nos sigue pidiendo que hagamos aquello que, según la tradición, la Verónica hizo con Él, en el camino del Calvario: acercarse a su dolor y soledad, secar la sangre y el sudor de su rostro, estar cerca de Él; es decir recordemos que nos está pidiendo nuestra solidaridad y compromiso con quien sufre y nos necesita; ser misericordiosos con los dramas que nos rodean, para obtener de Dios su misericordia.

Hermanos: el rostro de Cristo, en su Santa Faz, es bueno que sea contemplado con los ojos del corazón, como hizo su Madre. María, madre del Señor que veneramos en la Santa Faz. María, cuya imagen va unida, por siempre, a la de su Hijo en el relicario en el que le veneramos.

Que ella, madre nuestra del Remedio, interceda por tantos que hoy traemos a nuestra oración ante la Santa Faz, vivos y difuntos. Que siga intercediendo para que no se debiliten nuestra fe y nuestra esperanza; para que estemos a la altura de unos tiempos que nos necesitan con fortaleza para ayudar, servir y sacar adelante nuestra Iglesia y nuestra sociedad. Que ella nos sostenga y acompañe hasta llegar, como ella, a la gloria de la Trinidad; meta eterna de nuestro caminar.

¡Faz Divina, misericordia! Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.